

## IN MEMÓRIAM: MARÍA EUGENIA RINCÓN

Antonio BASO ANDRÉU

Cuando apenas había finalizado el mes de agosto de 2011 nos llegó encontrándonos en Huesca la triste noticia del fallecimiento en Madrid de María Eugenia Rincón, una relevante figura de la literatura española de los últimos tiempos y cuya permanencia en nuestra ciudad a mediados del siglo pasado, siendo joven, seguimos recordando algunos oscenses.

Pues, catalana de origen aunque de raíces sorianas, sobre 1950 venía por aquí tras su reciente matrimonio con el también joven catedrático de Lengua y Literatura latinas del instituto Ramón y Cajal Miguel Dolç y Dolç, de origen mallorquín, los cuales, al momento y sin demora alguna, iniciaron la aportación de sus aptitudes literarias a iguales medios culturales de la capital altoaragonesa y su provincia. Esto hizo que a su vez el catedrático Dolç y Dolç fuera uno de los fundadores del Instituto de Estudios Oscenses, precursor del actual Instituto de Estudios Altoaragoneses; que con su esposa, María Eugenia, formara parte de aquel reducido “parnaso” de musicólogos en torno al médico Julio Barrón, concertista de afición del que surgió la Sociedad Oscense de Conciertos, que aún persiste; o que aportase su organización y sus actuaciones personales a múltiples actos académicos y culturales que dieron lustre a aquella revitalización que tan necesaria era. Fue cuando las heridas de la pasada contienda civil se iban restañando y determinadas cosas volvían a su ser.

De ahí que la presencia de María Eugenia, tal como la tratamos, de esbelta figura y delicados ademanes que caracterizaban la feminidad de su persona, fuera la que con

delicada voz solía ofrecer poemas propios o de otros en auditorios que mucho los anhelaban, por ese sosiego que es la paz, lo mismo que su marido era lingüista de la filología románica e impartía el latín de los clásicos a sus alumnos bachilleres oscenses, ahora generaciones de hombres curtidos que así lo recuerdan, pues, en palabras inequívocas de Miguel de Unamuno, “la cultura de un país es la que se aprende en el bachillerato”.

A todo esto en ella se ha unido su probada vitalidad intelectual, aun en el transcurso de su prolongada viudedad, puesto que su desaparición ha tenido lugar a una avanzada edad. Un momento en el que por distintos medios de difusión se ha dicho que fue doctora en Filología Románica, profesora universitaria y autora de diversas publicaciones durante varias décadas, y muy en especial se ha resaltado su constante relación académica con la reina de España, algo que conocíamos con cierto detalle por la propia María Eugenia, pues cuando era profesora de la Universidad Autónoma de Madrid permaneció absolutamente entregada a los seminarios Pensamiento y Ciencia Contemporánea que dirigía en el Instituto de España, la docta institución que integra las reales academias españolas, en los que doña Sofía era una más entre los asistentes siempre que sus obligaciones de regio rango se lo permitían.

De todo esto, bajo el título “Un logro singular”, nos ha hablado tras el fallecimiento de María Eugenia Rincón el catedrático de Filosofía y propulsor de fundaciones Jaime de Salas. En concreto se refiere a aquellas fundaciones culturales de la sociedad española de las que algunos afirman que carecen de medios propios, por lo que tienen que buscar patrocinio y acaban actuando como intermediarias. Al margen de que nuestra Constitución prevé explícitamente su apoyo, las fundaciones son un modo de institucionalizar iniciativas privadas que no alcanzarían sus propios fines de no contar con el marco en que se hallan. El profesor Salas resalta que lo anterior le viene a la mente tras el fallecimiento de la profesora de Literatura Medieval de la Universidad de Madrid, que durante más de veinticinco años, como presidenta de la fundación Humanismo y Ciencia, dirigió el seminario del mismo nombre que se celebraba en el Instituto de España y a cuyas sesiones asistió habitualmente su majestad la reina. Una actitud poco comentada porque desde su inicio se buscó la discreción. Agrega el autor que, al morir la creadora del seminario, cree que “ha llegado el momento de celebrar su dedicación y logros”.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> ABC, 5 de septiembre de 2011.

Seguidamente, la misma “necrológica” comentaba que no fue un seminario especializado, al no estar dirigido a especialistas en la temática tratada, en la que algunas de las personas que acudían eran totalmente profanas. En las sesiones había diálogos que se unían a las ponencias, orientadas a cuestiones de interés en la vida del momento. La actividad podría haberse ejercido en el palacio de la Zarzuela —dice el firmante—, pero tal como se llevó a cabo fue más accesible para los participantes y más cercano a la vida social. Tanto en el mundo de las humanidades como en el de las ciencias, los temas considerados van desde la religión y la crítica bíblica hasta la filosofía y la mirada hacia las elevadas figuras del pensamiento humano, pasando por los aconteceres sociales que afectan a la vida de cada día, en la coyuntura de la actual Europa o en las relaciones con Iberoamérica, en una concurrencia de ideas que sin solución de continuidad eran expuestas por la reina y por María Eugenia junto con otros en el mismo contexto.

Por último, Jaime de Salas como apostilla finalizaba:

En esta actividad hemos intervenido muchos, pero hay que agradecer el interés por el saber de doña Sofía. Su presencia en una actividad no oficial representa interés y valoración de la cultura en un grado totalmente desusado. Pero es el momento de honrar la figura de María Eugenia Rincón, que se dedicó completamente a la organización de esta actividad, logró un altísimo nivel en las sesiones que ella moderaba y puso su energía en sostener una iniciativa tan singular como encomiable.

La disposición de estas dos mujeres nos lleva a recordar ahora el parecido modo en que brillaron algunas reinas españolas al lado de sus preceptores. Isabel de Farnesio fue una excelente acuarelista que destacó en el retrato. Bárbara de Braganza cultivó las bellas artes, sobre todo por medio de la música. La reina María Cristina, en su taller de bordado, confeccionaba primorosas labores; y, más distante de ellas, Isabel la Católica adquirió un humanismo del que su principal maestra fue Isabel Galindo, *la Latina*, por no referirnos a otras más.

Pero, volviendo a detenernos ante la larga sombra que ha dejado María Eugenia, es ineludible el testimonio, de primera mano, de aquellas inquietudes que en su juventud consagró a Huesca, donde al poco de su llegada inició la publicación de sus composiciones poéticas y donde, rodeada de un grupo de noveles, ella, con alma y voz, era su propia expresión, con dulce contenido o con vivo dramatismo. A veces en ambientes naturalistas, sin más razón que cantar a la belleza que en sí mostraba, con

la fidelidad debida a su propio sentimiento. Así eran sus “Tres poemas del mar” —“Contemplación del mar”, “Juego en el mar” y “Muerte del mar”—,<sup>2</sup> visiones de una perspectiva muy conocida por la autora, como catalana de la marina que era.

La Fiesta de la Poesía del 25 de abril de 1952 fue otro motivo para su exaltación. En ella, la catedrática de Lengua y Literatura del instituto María Dolores Cabré disertaba sobre “¿Qué es poesía?” y era muy aplaudida por los numerosos asistentes, lo mismo que María Eugenia Rincón, quien a continuación leyó algunas composiciones propias. Fue una completa y memorable velada literaria en la que también leyeron sus poemas Esteban Maza Larraz, Rafael Andolz, Ángel Romo Villacampa, Emilio Martínez Torres y Sol Acín.

Como vamos observando, varias eran las personas de la vida oscense que se venían dedicando al cultivo de la belleza por medio de la poesía subjetiva, y cualquier ocasión era oportuna para que mostraran sus aptitudes. Un día de aquel mediado siglo, la misma profesora, María Dolores Cabré —otra catalana, natural de Reus—, hablaba sobre “El amor en la poesía de Verdaguer”, a lo que siguió la lectura por parte de un grupo de autoras de poemas escritos por Ester Lóriz, Asunción Martínez Bara, María Ángel Baratech, Sol Acín y Julia Uceda, pues todas ellas, literariamente unidas a María Eugenia, formaban parte de aquel configurar la palabra hecha verso.

Así, de tal manera la vida literaria de nuestra ciudad se promovía palpablemente ante una general satisfacción. Se sucedían actos académicos y veladas literarias, por lo general en el salón de actos del instituto, en los que participaban los juglares locales con trovas suyas o de otros. En el mismo sitio, por ejemplo, llegó a ser memorable la Fiesta de la Poesía del 15 de mayo de 1953, que mereció los aplausos de los asistentes al escogido evento. En él, según se decía, María Eugenia Rincón intervino “para mostrar, una vez más, su perfecta formación literaria y su excepcional temperamento intérprete de la obra ajena y de la propia”. Fue un recital donde su cadenciosa voz nos llevó a oírla en los poemas “Coronas”, de Cristina de Arteaga, una religiosa de la noble casa del Infantado; “El ruego”, de Gabriela Mistral; “Dulce milagro”, de Juana de Ibarbourou, y “Carta lírica a otra mujer”, de Alfonsina Storni. Continuó con cuatro poemas propios que fueron “coronados con prolongada salva de aplausos”, según la crónica del acto, en el que además participaron los entonces noveles oscenses León

---

<sup>2</sup> *Argensola*, 10 (1952), pp. 179-182.

José Buil y María Ángel Baratech con poemas suyos, y la jovencísima rapsoda Maruja Estallo, que leyó una composición de Miguel Labordeta. Finalizó el evento con palabras del académico Manuel Pinillos; el rector de la Universidad, Miguel Sancho Izquierdo, y el director del instituto, Miguel Dolç y Dolç, anfitrión de aquella feliz velada.

Pero, sobre estas cosas, fueron imperativos de carácter familiar originados por la nueva situación docente del esposo de María Eugenia los que ocasionaron que pusiera punto final a su estadia en Huesca, aunque tras de sí dejara una impronta para la memoria de la época que estamos recordando. Era el momento en el que el profesor Miguel Dolç, tras ganar oposiciones a cátedras de universidad, era destinado a ocupar la de Lengua y Literatura latinas en Sevilla, si bien continuaría desempeñando la dirección del consejo de redacción de la revista *Argensola* del Instituto de Estudios Oscenses, del que también formaban parte Federico Balaguer —secretario—, Santiago Broto —secretario-administrador—, Ricardo del Arco, Salvador María de Ayerbe, Ramón Martín Blesa, Joaquín Sánchez Tovar, Antonio Durán, Benito Torrellas, María Dolores Cabré, José María Lacasa, Emilio Martínez Torres, María Asunción Martínez Bara y María de los Ángeles Campo.

Pero en aquel instante la amistosa relación que habíamos mantenido en Huesca ya había quedado sellada, pese a la distancia en el espacio y el paso del tiempo, que la difuminó al trasladarnos a Madrid, donde nos llegaba la noticia de que el 12 de diciembre de 1955 el doctor Dolç y Dolç había impartido solemnemente su primera lección en el paraninfo de la Universidad hispalense, según tradicional costumbre, al hacerse cargo de la mencionada asignatura. La noticia fue puntualmente recogida por la prensa nacional, que a la vez comentaba el contenido de su brillante disertación: “El ‘Collegium poetarum’ en la vida cultural de Roma”. Un memorable acto que era presidido por el rector magnífico de la Universidad y al que asistían el vicerrector y los decanos de las facultades existentes entonces, y del que igualmente se haría eco la revista *Argensola*.<sup>3</sup>

Miguel Dolç era mallorquín, nacido en Santa María del Camí, al norte del interior insular, el 4 de diciembre de 1912; María Eugenia, barcelonesa de origen, y ambos se formaron en la Universidad de la ciudad condal. A su llegada a Huesca, al primero lo conocimos prontamente como el catedrático de Latín del instituto. Era en 1943,

---

<sup>3</sup> V. V., “Primera lección universitaria del Dr. Dolç”, *Argensola*, 24 (1955), pp. 384-385.

cuando éramos universitarios y él destacaba, pese a su juventud, por ser un reconocido filólogo, crítico literario, poeta, traductor al catalán y versado en los estudios lulianos de su Mallorca natal —tan vinculada a la Corona aragonesa, el territorio de su primer destino—, y por su disposición, orientada al ejercicio de sus propias aptitudes en ambientes y foros locales. Algo que, desde la posterior llegada de su esposa, María Eugenia Rincón, al pronto comenzó a compartir con ella, desde la creación literaria a la expresión oral de sus obras, como hemos ido viendo, y que se hizo extensivo a las relaciones que con su abierto carácter ambos habían consolidado por aquí. Así eran durante una velada en torno a una taza de té para mostrarnos un retrato de María Eugenia realizado por Ángeles Santos, madre del pintor Julián Grau Santos, niño entonces; o cuando aquella nos hablaba sobre su compañera de estudios y actriz María Asunción Balaguer, que en gira con su compañía actuaba en el teatro Odeón; o mientras Miguel Dolç dilucidaba en el hotel de Castejón de Sos sobre si los topónimos ribagorzanos eran de origen ligur en sus raíces... Todo ello en un concierto de humor sano, en una sobremesa o en cualquier sitio, donde cada cual era uno más. Y su casa, en la hoy avenida del Parque, era de puerta abierta para sus amigos, lo mismo que las de estos lo eran para ellos.

De ahí que, desde lo trascendente a lo intrascendente de aquella relación contraída entre nosotros, la llegada de aquellos traslados no fuera causa de que se perdiera o cayera en el olvido, pues más bien Miguel Dolç nos escribía desde Sevilla, con gran alegría suya, para darnos la noticia del nacimiento —el 20 de enero de 1956— de una niña hermosísima —“¡claro!”, decía— a la que bautizaron con el nombre de María del Mar en Barcelona, lugar del alumbramiento, desde donde a los dos días pudo regresar a Sevilla. Nos daba la dirección de María Eugenia en la ciudad condal por si deseábamos compartir con ella “esta viva alegría”, algo que al momento le trasladamos desde Madrid. También estaban sus comentarios sobre la adaptación familiar a su nuevo destino, el grato ambiente que había encontrado y la representación que le había encomendado la Universidad en el I Congreso Nacional de Estudios Clásicos. Asimismo nos invitaba a estar con ellos en Sevilla. Otra carta, seguidamente —del 4 de mayo de 1956—, hablaba de su anterior estancia en Madrid durante dicho Congreso de Estudios Clásicos y de su deseo de encontrarnos, puesto que Eugenia también había ido y los dos regresaban a Sevilla “para gozar los últimos días de la famosa feria”, en tanto que sus niños estaban al cuidado de sus tías y su abuela en Barcelona. Aquella carta también tenía por objeto hablarnos sobre una colaboración hecha para *Argensola*. Fueron, pues, unos contactos que continuaron cuando teníamos ocasión, ya

que el profesor Dolç, tiempo después, pasó a las universidades de Valencia y Madrid, donde, ya jubilado, falleció el 12 de diciembre de 1994. Su desaparición trascendió al momento e hizo que se exaltara la muy larga labor que en innumerables aspectos había desarrollado hasta los ochenta y dos años de vida. Algo semejante a lo que ahora hemos ido viendo tras el óbito de su esposa.

El funeral de María Eugenia se celebró días después de su muerte, el 15 de septiembre de 2011, con sus hijos y su familia, y con la presencia de la reina doña Sofía, en la iglesia del Sagrado Corazón y San Francisco de Borja, la casa profesora de la Compañía. Unas exequias que para los muchos apesadumbrados asistentes fueron la despedida de una ilustre mujer de nuestros últimos tiempos en su viaje definitivo, acompañada de la dignidad y el silencio que pudo tener en sus últimos días. Fue una extensa vida vivida con intensidad en un humanismo escolástico dispuesto siempre hacia los demás, una de sus principales virtudes. Todo esto, unido a que era “creativa, soñadora y responsable”, como de ella se decía, además de docta en el uso del español clásico de sus obras, que empleaba al lado de su catalán nativo en composiciones y traducciones, algo semejante a lo que el gerundense Francisco Cambó (1876-1947), tiempo antes, ofrecía al propugnar la españolización de Cataluña y la catalanización de España.

Todo ello en una simbiosis de innumerables publicaciones y presencias, por cuanto se hallaba inmersa de plano en las modernas redes sociales del mundo informático de nuestro tiempo. Es una larga lista que se puede encabezar con sus libros *Boca sin tiempo* y *Frontera de la sombra* o sus cuentos para niños, en sus distintas ediciones, sin dejar de mencionar *Sofía de España: una mujer* o sus composiciones poéticas, estudios de arte, biografías de famosos, cosas de cocina, trabajos sobre esoterismo...; todo escrito con amenidad y soltura, ya en depurado castellano o en su nativo lenguaje catalán, al igual que en correctos inglés y francés, como lingüista que era. También fue una gran conocedora de la religión y la teología, temas incluidos entre los que abarcaron los seminarios Pensamiento y Ciencia Contemporánea que la doctora María Eugenia Rincón vino dirigiendo en el Instituto de España. Creemos, pues, que doña Sofía asistió a su funeral, además de porque se trataba de una amiga, como un reconocimiento a la aportación de aquella en favor de la cultura nacional.

Es lo que el marqués de Mondéjar evoca en la presentación de la citada obra biográfica, que nos aproxima a la actual reina de España:

La autora ha desempeñado un papel en la configuración de esta trayectoria, pues fue profesora de doña Sofía y contribuyó a guiar sus primeros pasos en el entendimiento de la cultura y el carácter nacionales. Anécdotas, reflexiones, comentarios sobre las realidades y paisajes físicos y morales de España, y sobre las realizaciones del genio hispánico, de nuestro casticismo, de nuestra conciencia colectiva, permiten a la profesora Rincón trazar un perfil sincero y, por ende, entrañable de nuestra Reina. Ello ayudará a comprender cómo esa intuición popular que hace admirada a la Reina, y a la que nos referíamos al principio, se asienta en unos antecedentes de amor y vocación por España y los españoles. Una vocación que es para doña Sofía exigencia de servicio. La profesora Rincón hace, desde la fidelidad intelectual y la lealtad personal, una aportación al conocimiento de la Reina, personaje clave de nuestro tiempo.

Así, María Eugenia habría estructurado la obra en dos planos distintos de la mujer contemplada: las imágenes de una vida, que contienen estampas biográficas de cuando era estudiante del antedicho seminario y la aproximan a su pueblo en los pequeños hechos y detalles humanos, y el espejo de la historia, en el que se van reflejando, en diez capítulos, distintos momentos vividos desde la niñez, a partir del exilio de Grecia, la primera y la segunda infancia, la adolescencia y la juventud hasta el enlace matrimonial con don Juan Carlos en Atenas. Todo ello, transmitido al lector con la fidelidad testimonial de quienes con toda certeza ofrecen su conocimiento a los demás.

Unido a la condolencia, esto es, en resumen, lo que hemos podido expresar ante la desaparición de María Eugenia, que junto con su esposo, Miguel Dolç, convivió con tantos oscenses. Ciertamente y sin reparo alguno, consideramos que su propio nombre puede estar inscrito en esa piedra blanca que la lámpara del recuerdo ilumina en la noche oscura del pasado. Descanse en paz.